



Verdad y Anuncio de la Fe



Pa. Nuestra Sra. Reina del Cielo ✧ Año V ✧ nº. 33 ✧ 19 de Junio de 2011

Evangelio de este Domingo

Dios mandó su Hijo para que el mundo se salve por él

Lectura del santo evangelio según san Juan 3, 16-18

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.

Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

Contenidos de la Hoja Semanal

- **Evangelio:** Evangelio de San Juan 3, 16 - 18
- **Testimonio:** Ignace Lepp
- **Magisterio:** C.V. II. Gaudium et Spes (GS, 48)
- **Tradición:** San Atanasio el Grande (297-373), Padre de la Iglesia.

Ignace Lepp

Francés, se entregó al ideal comunista y se convirtió al cristianismo al iniciarse la segunda guerra mundial. En su libro De Marx a Cristo desgrana las etapas de su vida. Habla de cómo llegó a ser uno de los máximos dirigentes de los intelectuales revolucionarios de Europa y expresa cómo buscó un ideal por el que pudiera vivir y morir. Y, al final, lo encontró en Cristo.



Él lo contaba así:

«Cuando más desorientado me hallaba, se manifestó el Signo... Una noche casa, no conseguía dormir. Fui a buscar una novela que vi en la mesa del salón... Era mediodía del día siguiente, cuando acabado el libro, lo cerré. El título de la novela era "Quo vadis"... Lo apasionante fueron los datos que "Quo vadis" proporcionaba sobre la vida de los cristianos primitivos. Tuve la impresión de que todo aquello, a lo que había aspirado desde los quince años, no era, pura utopía, ya que los primeros cristianos lo habían vivido... Después comencé a leer otros libros sobre el tema. Leí la "Vida de Jesús" de Ernesto Renan... Leí las obras de los racionalistas Harnack, Strauss, Guignebert, Loisy, del protestante Sabatier, de los católicos Batifol, Duchesne, Prat, Lagrange... Todos pintaban la primitiva comunidad cristiana casi con los mismos colores... Todos los libros se referían al Evangelio.»

«Pasé varias semanas, frecuentando reuniones de bautistas, metodistas, adventistas, pentecostales y otras iglesias y hablando con sus pastores... Me sorprendía la mediocridad intelectual de mis interlocutores, que no respondían con precisión a mis preguntas y que mostraban una gran intolerancia hacia las demás iglesias, especialmente hacia los "papistas" (católicos). Los pastores de las grandes iglesias de la Reforma: la luterana, la anglicana, la calvinista, eran hombres de una cultura superior. Discutir con ellos era otro tema, porque hablábamos el mismo lenguaje... Pero tampoco el protestantismo, respondía completamente a lo que del cristianismo esperaba, ni pudieron convencerme de la continuidad histórica entre el cristianismo primitivo y sus iglesias respectivas. Tales iglesias, me parecían carentes de universalidad... Empezaba ya a desanimarme, cuando la providencia, puso en mi camino a un sacerdote católico excepcional, un teólogo jesuita... Con gran consuelo, vi que su Iglesia daba mucha importancia a la cuestión de la continuidad ininterrumpida con la Iglesia fundada por Jesús hace dos mil años en Palestina.»

«Pasé varias semanas, casi cada día dos o tres horas hablando con él... Por fin, el 14 de agosto fui bautizado. Apenas sabía rezar. Ahora, habiendo transcurrido desde mi bautismo muchos años, puedo considerar como una gracia particular el no haber sentido jamás lo que se llama dudas y obstáculos en la fe... Estudié en la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Lyon... y el 29 de Junio de 1941, en la basílica de Fourvière, la Iglesia me confirió el sacerdocio.»

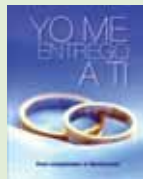
C.V.II. Gaudium et Spes (GS, 48)

El carácter sagrado del matrimonio y de la familia

48. *Fundada por el Creador y en posesión de sus propias leyes, la íntima comunidad conyugal de vida y amor se establece sobre la alianza de los cónyuges, es decir, sobre su consentimiento personal e irrevocable.* Así, del acto humano por el cual los esposos se dan y se reciben mutuamente, nace, aun ante la sociedad, una institución confirmada por la ley divina. Este vínculo sagrado, en atención al bien tanto de los esposos y de la prole como de la sociedad, no depende de la decisión humana. Pues es el mismo Dios el autor del matrimonio, al cual ha dotado con bienes y fines varios, *todo lo cual es de suma importancia para la continuación del género humano, para el provecho personal de cada miembro de la familia y su suerte eterna, para la dignidad, estabilidad, paz y prosperidad de la misma familia y de toda la sociedad humana.* Por su índole natural, la institución del matrimonio y el amor conyugal están ordenados por sí mismos a la procreación y a la educación de la prole, con las que se ciñen como con su corona propia. *De esta manera, el marido y la mujer, que por el pacto conyugal ya no son dos, sino una sola carne (Mt 19,6), con la unión íntima de sus personas y actividades se ayudan y se sostienen mutuamente, adquieren conciencia de su unidad y la logran cada vez más plenamente.* Esta íntima unión, como mutua entrega de dos personas, lo mismo que el bien de los hijos, exigen *plena fidelidad conyugal y urge su indisoluble unidad.*

... Porque así como Dios antiguamente se adelantó a unirse a su pueblo por una alianza de amor y de fidelidad, así ahora el Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia sale al encuentro de los esposos cristianos por medio del sacramento del matrimonio. Además, permanece con ellos para que los esposos, con su mutua entrega, se amen con perpetua fidelidad, como El mismo amó a la Iglesia y se entregó por ella. El genuino amor conyugal es asumido en el amor divino y se rige y enriquece por la virtud redentora de Cristo y la acción salvífica de la Iglesia para conducir eficazmente a los cónyuges a Dios y ayudarlos y fortalecerlos en la sublime misión de la paternidad y la maternidad. Por ello los esposos cristianos, para cumplir dignamente sus deberes de estado, *están fortificados y como consagrados por un sacramento especial*, con cuya virtud, al cumplir su misión conyugal y familiar, imbuidos del espíritu de Cristo, que satura toda su vida de fe, esperanza y caridad, llegan cada vez más a su propia perfección y a su mutua santificación, y, por tanto, conjuntamente, a la glorificación de Dios.

Gracias a los padres, que los precederán con el ejemplo y la oración en familia, los hijos y aun los demás que viven en el círculo familiar encontrarán más fácilmente el camino del sentido humano, de la salvación y de la santidad. En cuanto a los esposos, ennoblecidos por la dignidad y la función de padre y de madre, *realizarán concienzudamente el deber de la educación, principalmente religiosa*, que a ellos, sobre todo, compete. Los hijos, como miembros vivos de la familia, contribuyen, a su manera, a la santificación de los padres. Pues con el agradecimiento, la piedad filial y la *confianza corresponderán a los beneficios recibidos de sus padres y, como hijos, los asistirán en las dificultades de la existencia y en la soledad*, aceptada con fortaleza de ánimo, será honrada por todos.

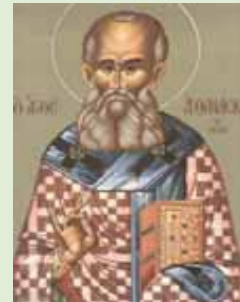


San Atanasio el Grande (297 – 373), Padre de la Iglesia

Obispo de Alejandría. Padre de la ortodoxia y opositor implacable del arrianismo. Aclamado Doctor de la Iglesia en 1568 por Pío V.

Nació en Egipto, Alejandría, en el año 295. Estudió derecho y teología. Se retiró por algún tiempo a la vida solitaria, haciendo amistad con los eremitas del desierto. Regresando a la ciudad, se dedicó totalmente al servicio de Dios y a la defensa de la fe. Escribió un gran número de obras. Falleció el 2 de mayo del año 373.

Hoy vamos a celebrar la festividad de la Santísima Trinidad meditando la fe en ella propuesta en su Credo:



«Todo el que quiera salvarse, ante todo es menester que mantenga la fe Católica. (...). Ahora bien, la fe católica es que veneremos a un solo Dios en la Trinidad, y a la Trinidad en la unidad; sin confundir las personas ni separar las sustancias. Porque una es la persona del Padre y el Hijo y otra (también) la del Espíritu Santo; pero el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo tienen una sola divinidad, gloria igual y coeterna majestad. Cual el Padre, tal el Hijo, increado (también) el Espíritu Santo; increado el Padre, increado el Hijo, increado (también) el Espíritu Santo; inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso (también) el Espíritu Santo; eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno (también) el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno, como no son tres increados ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso. Igualmente, omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente (también) el Espíritu Santo; y, sin embargo no son tres omnipotentes, sino un solo omnipotente. Así Dios es el Padre, Dios es el Hijo, Dios es (también) el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios; Así, Señor es el Padre, Señor es el Hijo, Señor (también) el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres Señores, sino un solo Señor; porque así como por la cristiana verdad somos compelidos a confesar como Dios y Señor a cada persona en particular; así la religión católica nos prohíbe decir tres dioses y señores. El Padre, por nadie fue hecho ni creado ni engendrado. El Hijo fue por solo el Padre, no hecho ni creado, sino engendrado. El Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, no fue hecho ni creado, sino que procede.»

«Hay, consiguientemente, un solo Padre, no tres padres; un solo Hijo, no tres hijos; un solo Espíritu Santo, no tres espíritus santos; y en esta Trinidad, nada es antes ni después, nada mayor o menor, sino que las tres personas son entre sí coeternas y coiguales, de suerte que, como antes se ha dicho, en todo hay que venerar lo mismo la unidad de la Trinidad que la Trinidad en la unidad. El que quiera, pues, salvarse, así ha DE sentir de la Trinidad.»